

LECTURAS

CENTENARIO DE GABRIEL MIRÓ 1879-1979 BIOGRAFÍA DE GABRIEL MIRO

POR HORACIO LÓPEZ

La palabra es la misma idea hecha carne, es la idea viva transparentándose gozosa, palpitante, porque ha sido poseída. Quien la tuvo hallóse iniciado y purificado para merecerla, y padeció y fue dichoso.

Gabriel Miró, *Glosas de Sigüenza*

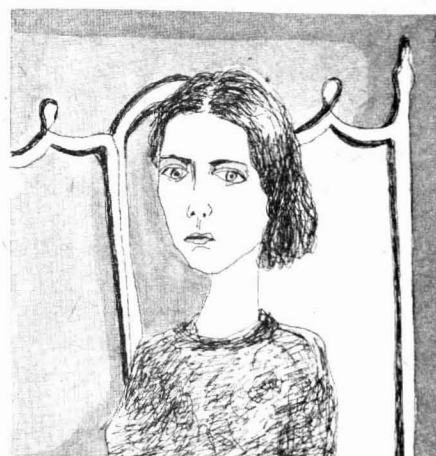
Nace Gabriel Miró Ferrer el 28 de julio de 1879 en Alicante. He nacido en Alicante. Tengo cuarenta y siete años. Mi padre era ingeniero de Caminos".¹

A los siete años ingresa como alumno interno en el Colegio de los Jesuitas de Orihuela junto con su hermano mayor Juan. Permanece en dicho colegio hasta los doce años. Es allí donde se inicia su obra literaria con una descripción intitulada *Un día de campo* que realizó como tema de examen. Él mismo nos lo hace saber en su breve autografía: "Mi primera obra literaria fue una descripción de 'un día de campo', tema de examen de mi tercer año de estudios en el colegio de Jesuitas de Orihuela. Gané el premio —una medalla de plata—. Al siguiente curso el padre Buriel, comentando el anterior, me dijo que no me vanagloriase de aquella recompensa, porque se me había concedido por equivocación"². Es esta medalla de plata la primera recompensa que recibe como escritor y que Miró debió recordar en plena creación literaria contrastando con los reducidos ingresos económicos que recibiera por los cuentos y novelas que iba publicando.

A los dieciséis años marcha a Valencia donde cursa y termina el bachillerato e inicia la carrera de Leyes que tiene que suspender por el momento a causa de una lesión al corazón de la que se recupera totalmente. Continúa sus estudios de Derecho ahora en la ciudad de Granada donde recibe la licenciatura en el año de 1900, a la edad de veintiún

años. En 1901, un año más tarde, contrae matrimonio en su ciudad natal con la hija del consul francés en Alicante, Clemencia Mignon. Publica entonces su primer libro, *La mujer de Ojeda*, que más tarde repudió. En este año viaja por las tierras alicantinas y España sacando material que aprovechó en varios de sus libros. De esta época es también: *Hilván de escenas*

En 1908 publica *La novela de mi amigo* dedicada a su tío político el pintor alcaetano Lorenzo Casanova al que Miró tenía gran admiración. Es en este año cuando obtiene un gran éxito literario, triunfa en el concurso convocado por el *Cuento semanal* con la novela corta *Nómada*. El jurado estaba formado por Ramón María del Valle-Inclán, Pío Baroja y Felipe Trigo. La novela está dedicada a su padre "A mi padre que murió el mismo día —6 de marzo de 1908— que se publicó este cuento"³. Siguen otras novelas cortas *La palma rota*, *El hijo santo*, *Amores de Antón Hernando*. En 1909 colabora con cuentos y artículos en la revista *Caras y caretas*, de Buenos Aires. En 1910 aparece la novela. *Las cerezas del cementerio* y traduce del francés *El señor de Hallesborg* de A. de Hedenstierna. En 1911 se le da el cargo de cronista de la provincia de Alicante, con la recomendación de que "asista diariamente a las horas de oficina"⁴. En mayo de 1910 queda cesante del empleo como cronista de la Diputación Provincial. La situación económica de Miró era difícil y no puede resolver sus necesidades familiares. Tras el éxito literario vienen aparejados los desasosiegos de carácter material. En carta a su amigo Puigcerver se queja con amargura de su situación: "He padecido muchas calamidades; y la última ha sido mi cesantía en el cargo de cronista. La prensa ha protestado, yo pensé en emigrar; y al cabo, el director general de Obras públicas que resulta lector de mis trabajos me ha concedido el destino de no sé qué del Puerto con 22 duros mensuales".



El director general de Obras Públicas era por ese entonces, como dato curioso el padre de Ramón Gómez de la Serna, según la referencia que hace de Gabriel Miró dicho escritor: Recuerdo que en uno de estos trasladados tropezó en Almería con jefes más rigurosos o llenos de mayores compromisos y le dieron cesante, interviniendo yo con mi padre, que era entonces director de Obras Públicas, para que lo repusiese, y Miró volvió a su puesto calmo y de pan llevar hasta que soprase otra galerna gubernativa"⁶.

En 1910 traduce *El tapiz al revés* de H. Laveday y comienza a colaborar en las páginas de El diario de Barcelona. En 1912 aparecen *Del Huerto provinciano* y *La señora, los suyos y los otros*, que más tarde le cambia el título por *Los pies y los zapatos de Enriqueta*. Antes de trasladarse a vivir en Barcelona, empieza a colaborar en la Vanguardia de esa ciudad. Se traslada a Barcelona en 1914, ciudad donde había sido publicada casi toda su obra. Enrique Part de la Riba, presidente de la Mancomunidad, le ofrece un puesto administrativo, el cual abandona al poco tiempo para ocuparse en la preparación de una enciclopedia sagrada por encargo de la Editorial Vecchi y Ramos. El plan de esta obra era monumental. La obra abarca Ciencias, Letras, Artes, etc. Estos se vinieron abajo por carecer la editorial de suficientes fondos para su edición. Los trabajos de investigación para dicha obra le sirvieron para la elaboración de las *Figuras de la pasión del Señor*, que publicó en dos tomos en los años de 1916-1917. Publicó durante su estancia en Barcelona, (1914-1919), *Los amigos, los amantes y la muerte* (colección de cuentos), *El abuelo del rey*, (1915). *Dentro del cercado*, (1916). En 1916 desempeña el empleo en el Archivo del Ayuntamiento en Barcelona y más tarde en la sección de Cultura del mismo, hasta que se traslada a vivir a Madrid. *Figuras de la pasión del Señor* (tomo I) (1916), *Figura de la pasión* (tomo II) (1917), *Libros de Sigüenza* (1917), *El*



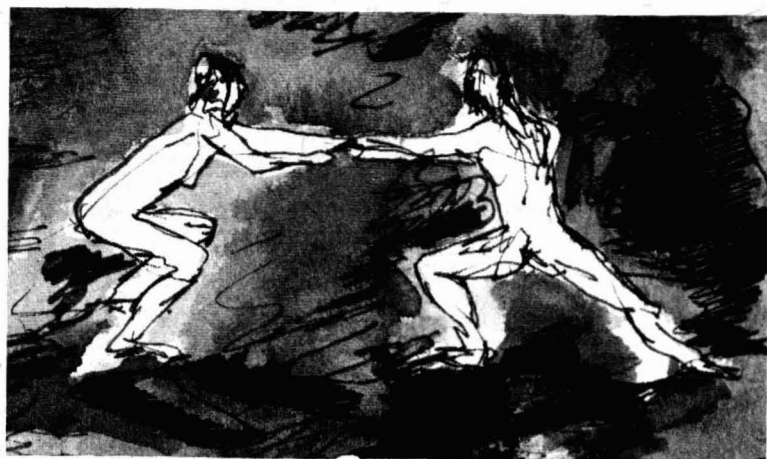
humo dormido (1919). Viaja por casi toda Cataluña, los Pirineos catalanes y por las viejas ciudades castellanas. Otra vez por carecer de recursos económicos se traslada a vivir a Madrid. Don Antonio Maura le consigue empleo en el Ministerio de Trabajo, cargo que abandona al ser creado para Miró por el mismo Maura en 1921 el puesto de secretario de los Concursos Nacionales dependientes del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, que desempeña hasta su muerte en 1930.

En 1921 publica *El angel, El molino, El caracol del faro y Nuestro padre San Daniel*. En 1920 traduce del catalán la Filosofía crítica, de R. Turró y colabora en los periódicos *El Sol de Madrid* y en la *Nación*, de Buenos Aires. Viaja por tierras levantinas.

En 1922 publica *Niño grande*. En 1925 gana el premio Mariano de Cavia de A B C, por el artículo *Huerto de cruces*, que aparece después en *Años y leguas*, su última novela, pero entonces en 1926, publica *El obispo leproso*.

El obispo leproso es la segunda parte de *Nuestro padre San Daniel* y que hemos dicho aparece en 1926, editado por la editorial Biblioteca Nueva y es esta obra la que va a causar una ola de continuas protestas de parte de los "poderes oscuros" como llama Juan Gil Albert a las fuerzas que actúan en España en contra de "las cosas más luminosas como Miró. Es la España negra"⁷. Campaña que comienza cuando un grupo de escritores académicos lanzan su candidatura para ocupar el puesto que había quedado vacante por el fallecimiento de Daniel Cortázar. La campaña atacaba al escritor alicantino. "Desde el punto de vista religioso se le declaró como algo nefando, y literariamente se dijo que no tenía la menor noción gramatical y que su construcción era viciosa"⁸.

Los otros ataques en contra de Miró provenían de conceptos vertidos en algunas de sus novelas sobre todo en *Nuestro padre San Daniel* y *El obispo leproso* que no supieron comprender o no entendieron ciertos círculos intelectuales. Pero no sólo la campaña se esparció por España sino que llegó a otros países europeos y aún a América: "En América se declararon sus obras inmorales, y en Italia, Papini chillando siempre, como un epiléptico que no tuviera además el encanto ruso de serlo, abominó de la obra de Miró como desmoralizadora"⁹. Como consecuencia de toda esta campaña en su



contra y los juicios que demuestran la ignorancia y la perfidia desatadas para evitar la entrada a la Academia de la Lengua al escritor que más sentido estético tenía del lenguaje, amén de ser el más cristiano escritor contemporáneo, se consiguió que Gabriel Miró no entrara en dicha institución, pero en su defensa salieron los escritores que lo había propuesto. Reconocían sus méritos como merecedor de tal honor; José Martínez Ruiz que escribió el texto y firmaban los también académicos; Armando Palacios Valdés y Ricardo León: "Proponen a Gabriel Miró los que suscriben, como dignísimo, por sus méritos, de ocupar un puesto en la Academia. Armando Palacios Valdés, Ricardo León, Azorín".

Voces tan autorizadas como la de José Ortega y Gasset, Ricardo Baeza Antonio Maura dejaron correr su pluma en defensa de Gabriel Miró. Tomemos por ejemplo el juicio de este último que es el que viene más al caso "No me causa maravilla que las personas muy versadas en lecturas piadosas y en meditaciones recogidas y cordialmente efusivas acerca de la Pasión, lean con extrañeza las páginas de Miró y noten con irreverencia el acto mismo de tomar los asuntos por el solo lado estético, aún tratándose magistral y delicadamente. Paréceme a mí que no se lesiona con esto la piedad de los creyentes, puesto que la pluma profana no pierde el respeto ni un solo instante, y no acierta a refutar verdad a la pluma una artística reproducción en que los pinceles de los más afamados pintores se ejercitaron siglo tras siglo, por encargo y bajo el patrocinio de las mayores autoridades de la iglesia"¹¹. Desde luego esta sola apreciación que viene de un católico, de Antonio Maura, es suficiente para comprender la deplorable actitud de la Real Academia Española de la Lengua. En su autobiografía Gabriel Miró habla de su posible ingreso: "Que si me atrae ser académico. Estoy en la edad exacta en que puede agradarme y convenirme, joven no se desea; viejo ya no es menester"¹².

Francisco Piña achaca a los jesuitas la campaña para evitar que el autor del *Obispo leproso* ingresara a la Academia. Estos no perdonaron nunca una frase hiriente que aparece en la mencionada novela. El pasaje es el siguiente. En *El obispo leproso* hay una parte donde se enfrentan por un momento un humilde fraile capuchino y un jesuita altivo. La simpatía que Miró sentía hacia los capuchinos, debido a su pobreza, era tan grande como un íntimo desprecio hacia los bien acomodados jesuitas. Durante una fiesta celebrada en la magnífica residencia de los hijos de San Ignacio, uno de estos intenta permitirse el lujo de humillar a un sencillo capuchino. Mirando fijamente la barba rubia del fraile, le dice: "Tiene usted la barba roja, como Judas, padre". A lo que el otro responde sin vacilar y con inesperada calma; "No está todavía comprobado si la barba de Judas era roja, y ni siquiera si tenía barba; pero lo que sí parece indudable es que Judas estuvo en la Compañía de Jesús."¹³. Gabriel Miró no tuvo acceso a la Academia en 1927. En 1929 se hizo un segundo intento que fracasó como el primero. No es de extrañar que no perteneciera a esa asociación ya que tampoco ingresaron dos de los escritores importantes de la Generación del 98; Miguel de Unamuno y Ramón del Valle-Inclán.

Al preguntárle a José Martínez Ruiz tiempo después acerca del problema de la negación de la Academia de la Lengua para admitir a Miró en su seno, Azorín contestó: "Yo hice cuanto pude, como Ramón Menéndez Pidal y Palacio Valdés, porque Miró viniese con nosotros a la Academia cuando la vacante de Cortázar. ¿Cómo no lo consiguieron ustedes? Por razones de circunstancias que nada tienen que ver con la obra literaria de Miró. En las Academias pasa, a veces, lo que le ocurre a un jefe de partido con sus antiguos ministros: que quiere uno llevar a un amigo apto, preparado, queridísimo, y las circunstancias, de momento, no lo permiten..."¹⁴

Esta fue la deplorable conducta que siguió la Real Academia Española de la Lengua que se alejó de su único cometido; el de preocuparse exclusivamente de atender los valores literarios de sus componentes. Tal injusticia hizo que se elevaron muchas protestas tanto en España como en el extranjero. Pero todo fue inútil y la Academia se quedó sin el escritor más representativo de la prosa contemporánea.

Azorín como señal de protesta no volvió a asistir a las sesiones de esta institución.

No hay nada más que señalar de importancia sobre la vida de Miró, ya que no es vida de historia extensa sino hombre recogido en su propia vida íntima, hogareña, movido por el amor a la naturaleza toda y dedicado exclusivamente al quehacer literario.

El 27 de mayo de 1930 muere Gabriel Miró víctima de un ataque de apendicitis, —después de haber asistido a un homenaje que le tributaban los escritores a Miguel de Unamuno—, en su casa en Madrid.

Vicente Ramos consigna que en la agonía con la muerte, expresó lo siguiente: "Me voy; quiero acabar. La muerte no tienen ninguna importancia. Es un tránsito... y yo estoy bien preparado"¹⁵ En la mañana del día Miró solicitó la presencia de un sacerdote para la confesión. Al caer la noche, rodeado de su mujer, hijas, su hermano Juan, yerno y nietos brotó la última palabra de Gabriel Miró, dijo: "Señor, llévame"¹⁶.

Notas

1. La gaceta literaria. Madrid, 1931, Año V, no. 107, p.4.
2. Ob. cit., p. 4.
3. Vicente Ramos, *Vida y obra de Gabriel Miró*. Madrid, 1955, Colección El grifón.
4. Ob. cit., p. 139.
5. R. Gómez de la Serna, *Nuevos retratos contemporáneos*, Buenos Aires, 1945, Ed. Sudamericana, p. 288.
6. J. Gil Albert, *Gabriel Miró, el escritor y el hombre*, Valencia, 1931 Cuadernos de Cultura, XXVII, p. 31.
7. Op. cit., p. 47.
8. Ob. cit., p. 31.
9. Vicente Ramos, *Vida y obra de Gabriel Miró*, Madrid, 1955, Colección El Grifón, p. 335.
10. Antonio Maura, citado por J. Gil Albert, *Gabriel Miró, el escritor y el hombre*, p. 48.
11. Citado por V. Ramos, *Vida y obra de Gabriel Miró*, p. 338.
12. Francisco Pina, *Recuerdo de Gabriel Miró*, Suplemento Cultural de Excelsior.
13. Ob. cit.
14. Vicente Ramos, *Vida y obra de Gabriel Miró*, p. 347.
15. Ob. cit., p. 347.
16. Ob. cit., p. 348.

RARA NAVIS

La nave, número único, México, mayo de 1916. Colección "Revistas literarias mexicanas modernas" del Fondo de Cultura Económica, edición facsimilar. México. 1979. (En el mismo volumen se incluye la revista *Gladios* comentada en estas páginas el mes pasado).

POR GUILLERMO SHERIDAN

Rara nave la que dibujó Herrán para la carátula de esta efímera revista (el adjetivo, en circunstancia como esta, lejos de calificar, define) dirigida por Pablo Martínez del Río, un misterioso "escritor cuyo prestigio se apoyaba en los cursos hechos en las aulas universitarias inglesas", a decir de Francisco Monterde. Nave rara de vela romana y espolón sobre las olas quietas, desoladamente vacía, cuyo único recuerdo de lo humano es una mujer tallada en madera que desde popa parece extrañar más lo que se deja que lo que se avecina. Cúmulos y nimbos, detrás, se confunden con el mar: la nave de perfil quiere transcurrir, mas no parece hacerlo. Se antoja una nave varada que gira sobre su centro, el hinchado velamen contradiciendo la quietud del agua.

Zarpa en mayo de 1916, unos meses antes apenas de que terminara la etapa más violenta de la Revolución. El Ateneo de la Juventud ha desaparecido como tal desde la salida de Reyes y de Henríquez Ureña, y Antonio Caso, como cuenta Enrique Krause, se había quedado "completamente solo" en la Dirección (y en las cátedras humanísticas) de la Escuela

Nacional Preparatoria. La estafeta sería recogida, sin embargo, ese año por los "Siete sabios" de la Sociedad de Conferencias y Conciertos, formada en su totalidad por alumnos de Caso. A diferencia pues, de *Gladios* —que, como ya se comentó, batallaba más con ímpetu que estrategia desde la más enconada heterodoxia ideológica y artística— *La Nave* resulta ser una especie de último intento (asumido más por su director que por sus colaboradores, suponemos) por reunir a algunos miembros del Ateneo que ya, inclusive, habían llegado a sostener polémicas públicas: Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri. Este último fue quizá el único que vio en *La Nave* la posibilidad de una continuada trinchera, lo que se infiere del hecho de haber asumido la ingrata tarea de las reseñas bibliográficas. Junto a ellos, navegaban algunos de sus discípulos más antiguos, como Carlos Díaz Dufoo, hijo, personaje casi absolutamente olvidado (hace años, en esta misma revista, Castro Leal reunió algunas páginas inéditas), autor de interesantes ensayos de estética y, varios años después, curioso dramaturgo cuentista en *Contemporáneos* —véase, por ejemplo, su "Temis municipal" en el número 34.

Es *La Nave* una revista extraña, también, por su notable eclecticismo. A diferencia de *Gladios*, con todo y su envalentonamiento y su precipitada combatividad, *La Nave* parece venir ya de regreso, pospuesto todo ánimo belicoso, mellado el espolón, guardadas las armas. No hay en ella más combatividad que la de Caso, que en ese año publicó *La existencia como economía y caridad* y se hallaba en lo más álgido de su apostolado de maestro de la juventud, sosteniendo su activismo filosófico con gran energía. Precisamente en el ensayo que publicó en *La Nave*, "La historia y la filosofía de la historia" anota esa frase del "célebre castellano" sobre Sócrates que podría considerarse una de las máximas a las que Caso más quiso apegarse como filósofo y como hombre:

"Iguala con la vida el pensamiento"

Pero esa entusiasta combatividad de Caso en su colaboración no hace sino subrayar el apagamiento de los otros colaboradores y el hecho de que *La Nave* estaba muy lejos de las costas del compromiso con el "redescubrimiento" de 1915 o del frenético apasionamiento de la generación más joven. Y es que *La Nave* pertenece más bien a esas revistas que podrían considerarse "antológicas". Carecía de un designio cultural claro, aparte del evidente interés en continuar la batalla humanista del Ateneo, debido seguramente a cierta precipi-

